

Espacio simbólico, ideología y poder: relaciones entre prácticas discursivas y procesos políticos

Lic. Elena T. Piñeiro*

Introducción

La vida política se desarrolla permanentemente en dos planos: el de las acciones y el del discurso. Toda sociedad política tiene una dimensión esencial: la de constituir y renovar un conjunto de ideas destinadas a influir en el espíritu de sus miembros por medio de las cuales la comunidad designa su identidad, sus aspiraciones y los grandes lineamientos de su organización. Este espacio simbólico en el cual los poderes se legitiman o se impugnan constituye una ideología que es a la vez instrumento de aquellos poderes. Pierre Ansart sostiene que “*La vida social y particularmente la política, suponen (...) permanentemente, la producción de significaciones, la convocación y la legitimación de los objetivos, la magnificación de los valores que se proponen a la acción común*”¹.

Las ideas vinculadas a la lucha política son armas destinadas a consolidar o justificar un régimen existente o a criticarlo

* Profesora de la Escuela de Ciencias Políticas (UCA).

1. ANSART, Pierre. *Ideología, conflictos y poder*, Méjico, Premiá Ed., 1983, pág. 12.

y condenarlo en nombre de otro régimen que pretende reemplazarlo y que a su vez necesita consolidarse y justificarse.

Por ende, ambos planos, el de la acción y el del discurso que construye un espacio simbólico están íntimamente vinculados en una relación permanente y compleja que el historiador debe considerar cuando intenta explicar acontecimientos históricos de naturaleza política cuya comprensión excede cualquier análisis causal ya que la producción discursiva acompaña en todo momento a las prácticas políticas.

Las grandes ideologías modernas –liberalismo y socialismo– han ocultado esa relación esencial entre las prácticas políticas y la producción ideológica. El pensamiento liberal lo ha hecho a partir de la idea de que las prácticas políticas deben fundarse en los hechos y la razón; el socialismo racionalizando la ideología y proponiéndola como una teoría científica.

En el contexto de este trabajo, ideología y espacio simbólico no refieren a una historia de las ideas sino a la red de sentidos en que se realizan las prácticas sociales y políticas, al conjunto de representaciones que una sociedad crea y por medio del cual se identifica, se reproduce, expresa las necesidades colectivas, propone un modelo de organización y legitimación y establece los fines que se propone realizar.

Cuando nos referimos a las prácticas discursivas que construyen un espacio simbólico, no nos limitamos al escrito o al discurso sino también a las imágenes, las caricaturas, el humor, la marcha, el saludo, la sociabilidad política, los emblemas e insignias, en definitiva al conjunto de producciones simbólicas que están presentes en el marco de la vida cotidiana en una situación histórica concreta y que movilizan a los hombres a la acción.

Esta relación entre espacio simbólico y prácticas políticas está presente en las obras que hemos seleccionado y que remiten al contexto histórico-social del proceso de construcción de la ideología democrática en el marco de los estados nacionales del siglo XIX.

Nos hemos propuesto, a partir de los planteos de los distintos autores, analizar en abstracto como cada uno de ellos ha construido su problema y explicado su tema desde la perspectiva de la construcción de un espacio simbólico que orienta la acción, con el objeto de descubrir algunos lineamientos teórico metodológicos susceptibles de ser aplicados al análisis, comprensión y explicación de otras realidades históricas de naturaleza política.

Las obras de François Furet *Pensar la Revolución Francesa*; Maurice Agulhon *1848 o el aprendizaje de la República*; Pierre Rosanvallon *Le sacré du citoyen. Histoire du suffrage universel en France*; Raffaele Romanelli *Sistemas electorales y estructuras sociales. El siglo XIX europeo*; Vernon L. Lidtke *The alternative Culture* y Gunther Roth *The social democrats in Imperial Germany. A study in working class social isolation and national integration* guiarán la reflexión en torno a la relación entre ideas y política².

La práctica discursiva como modalidad de la acción histórica

Los trabajos de Furet y Aghulon ponen de relieve la importancia que en toda acción social, ya sea de cooperación o de conflicto tienen las estructuras de sentido y los intercambios discursivos.

Furet construye su problema a partir de la reflexión acerca de la insuficiencia de la producción historiográfica que da cuenta de un acontecimiento histórico –en este caso la Revolución Francesa– cuando los historiadores se identifican con el acontecimiento que tratan de explicar.

2. En cada una de las obras se ha puesto énfasis en aquellos capítulos que mejor reflejan la relación sobre la que nos proponemos reflexionar.

Sostiene que, para conceptualizar la historia de un acontecimiento, el historiador tiene que empezar por criticar la idea que los actores tuvieron de él a partir de sus propias experiencias y la transmisión que sus herederos hicieron de esa idea hasta convertirla en un mito. Si no se realiza esta crítica y no se diferencia el conjunto de acontecimientos ocurridos y vividos del proceso histórico objetivo, se corre el riesgo de atribuir al acontecimiento relaciones causales, implicaciones y consecuencias de las que los actores no tenían clara conciencia y realizar un relato de restitución antes que una interpretación del sentido de dicho acontecimiento³.

En definitiva, la explicación de un acontecimiento histórico no debe reducirse a un esquema de tipo causal sino que debe considerar también la modalidad de la acción histórica, la dinámica política, ideológica y cultural que nace de la práctica discursiva por medio de la cual los actores sociales expresan sus vivencias y percepciones de la realidad, práctica que tiene la función de dotar a la acción de una red de sentidos, de un conjunto de representaciones que ordenan los comportamientos individuales al logro de los fines comunes, y que en definitiva moviliza a los hombres a la acción.

Este mismo problema se le presenta a Aghulon quien alerta al lector acerca del carácter retrospectivo del análisis que realiza el historiador quien encuentra las causas porque conoce los hechos; los protagonistas en cambio, no tuvieron conciencia de las implicaciones de esta dinámica⁴.

Ambos trabajos construyen su tema –el nacimiento y la construcción de la democracia– siguiendo un esquema similar cuyo hilo conductor refiere a la capacidad que las ideas tienen para

3. FURET, François, *Pensar la Revolución Francesa*, Barcelona, Petrel, 1980. págs. 24-26

4. AGULHON, Maurice, *1848 ou l'apprentissage de la république, 1848-1852*, Paris, Ed. du Seuil, 1973, cap. 1.

constituir un espacio simbólico donde formular los conflictos sociales y políticos, construir una ideología, constituir el campo político y los sujetos políticos y movilizar a los hombres a la acción contra un poder establecido.

La construcción de un nuevo imaginario y de una ideología

Furet va a analizar el funcionamiento de la práctica discursiva en un contexto de cambio revolucionario cuando el orden existente es impugnado por una sociedad que no encuentra los medios necesarios para satisfacer nuevas demandas surgidas como producto de una serie de cambios que se han ido desarrollando en su seno.

Esta impugnación es, en principio, discursiva y se nutre de ideas y teorías producidas por los intelectuales en un período anterior a la quiebra del consenso. En el caso de la democracia estas ideas giran en torno del problema del individuo, de la idea de la igualdad natural de los hombres, de sus derechos, de su libertad, de las relaciones entre los poderes del estado y de la legitimidad del pacto social. Es este contexto teórico el que construye lo que Furet denomina la “*conciencia revolucionaria*”⁵.

Al no encontrar eco en la clase dirigente, la sociedad encuentra un sustituto imaginario de esa clase en los intelectuales quienes producen opiniones que se difunden en distintos ámbitos de sociabilidad. Con ellas, los actores sociales construyen un imaginario colectivo que los dota de un nuevo sistema de representaciones, constituye un sujeto político de carácter colectivo –el pueblo– y pone de relieve la necesidad de producir un cambio para reconstruir la sociabilidad política, es decir, las relaciones entre los individuos y el poder y las relaciones de los individuos con el poder.

5. FURET, François, *Pensar la Revolución...*, ob. cit., pág. 36.

La palabra crea un imaginario de lo político sin ninguna vinculación con la acción, que da un nuevo sentido a los actos colectivos, legitima el nuevo modelo de sociabilidad política que se ha desarrollado junto al antiguo, instaura una imagen del poder, de su naturaleza y de las condiciones de su legitimidad, identifica los valores y fija los fines que la comunidad debe proponerse.

El conflicto contra el poder establecido y el orden social vigente se desarrolla en un contexto discursivo pleno de significaciones, de llamamientos, de denuncias del orden existente y de fervientes evocaciones de las soluciones propuestas.

Este discurso sobre el poder crea en los actores sociales la “*ilusión de la política*”⁶, la ilusión de que las ideas pueden dar solución a todos los problemas sociales y a todas las cuestiones morales e intelectuales. La política se constituye de esta manera en un discurso sobre el poder, un lenguaje de debates y de acciones en torno al poder que tiene por objeto cambiar radicalmente la realidad, reorganizar la sociedad en el nivel simbólico y crear una imagen sustitutiva del poder. Es el poder imaginario de la opinión que designa la confusa potencialidad de los descontentos. La palabra es el medio por el cual la sociedad abandona simbólicamente su pasividad. Todo se realiza en la palabra y por la palabra y merced a la producción simbólica.

A la vez que la palabra evoca con fervor la visión del porvenir, también designa a los enemigos del nuevo orden que se pretende instaurar, no como fuerzas reales sino como encarnaciones de antivalores que renacen permanentemente para obstaculizar el advenimiento de aquel orden.

Lo que Furet llama la denuncia del complot⁷ es también un discurso imaginario sobre el poder que designa un adversario

6. FURET, François, (1980), *ob. cit.*, pág. 40.

7. *Ibid.*, pág. 74.

abstracto, omnipresente, oculto y perverso que se define como un mito negativo que en principio justifica la acción violenta de la sociedad que opone a las representaciones hasta entonces dominantes un contra-discurso de acción, cargado de valores que denuncia los crímenes del enemigo a la vez que exalta los fines propuestos.

En el planteo de Aghulon se trata de una sociedad que intenta reactualizar la revolución para dar respuesta a esperanzas políticas y sociales que se han visto frustradas. Apela entonces a un modelo ideal que no pudo consolidarse en una etapa anterior y al que sus detractores desprestigiaron con connotaciones negativas.

La producción discursiva tiene por objeto restituir y mediar aquel pasado en la memoria colectiva dotándolo de un nuevo sentido que genere adhesiones políticas y provea de significación a la acción presente.

Muchos de quienes componen el partido que promueve el cambio, han mantenido las ideas vinculadas al antiguo imaginario y son ellos los que las difunden en distintos ámbitos de sociabilidad. A esta primera operación discursiva se suman otros actores cuya función consiste en suscitar la memoria colectiva. Intelectuales y políticos son los encargados de reconstruir, reproducir y difundir aquel ideal político enriquecido con otros aportes ideológicos que suman nuevas aspiraciones fruto de una realidad más compleja. No siempre los portadores de las nuevas ideas tienen conciencia de las implicancias y convergencias que pueden surgir de ellas, pero lo que todos tienen claro es la necesidad de solucionar los problemas.

Particular importancia tienen en este caso lo que Aghulon denomina “*la sociabilidad de costumbre*”⁸ adoptada por todos los sectores que integran la sociedad. Se trata de lugares de reunión

8. AGULHON, Maurice, (1973), *ob. cit.*, cap.4.

cuyos miembros comparten afinidades en diversas cuestiones y que predisponen a ciertas actividades como la lectura de periódicos y el intercambio de ideas que introducen el interés por la política.

La compenetración entre las nuevas ideas políticas y la práctica social tradicional se produce merced a la actuación de los militantes políticos cuya acción se desarrolla mediante diferentes medios de difusión y acción.

También en este caso todo se politiza y el discurso apunta a crear la ilusión de que con la política se pueden solucionar todos los problemas.

La dinámica de la acción

El discurso ideológico sobre el poder mueve a los actores sociales a la acción. Las prácticas simbólicas se han constituido en oposición al orden establecido que se percibe como opresión y obstáculo a la realización de los objetivos. La acción puede tener características revolucionarias cuando se realiza para lograr la destrucción del viejo orden con la convicción –aún cuando un análisis empírico revele lo contrario– de que se está produciendo un cambio radical fundando un mundo nuevo opuesto al anterior. O puede tener características reformistas cuando trata de corregir el funcionamiento de las instituciones políticas del nuevo orden para permitir la participación de todos los sectores sociales y encontrar soluciones a sus demandas.

Si la destrucción del orden existente se concreta, se abre otro conflicto vinculado con los problemas de la organización social, de la instauración de un sistema político y de la designación de los poderes en el marco del nuevo orden.

En este contexto se crea una nueva dinámica política porque se organizan grupos rivales cada uno de los cuales trata de pro-

ducir un discurso de legitimación y justificación. El campo ideológico es un lugar de competencia entre individuos que se disputan bienes simbólicos con el fin de captar una audiencia, lograr ser comprendidos por dicha audiencia, dar una idea favorable de sí mismos y una imagen negativa de su rival y atraer apoyos. La opinión se constituye en el lugar simbólico de la lucha por el poder, centro de un proceso de producción y de disputa discursiva en torno de la organización de proyectos y de prácticas políticas.

Por medio del discurso se constituye un nuevo campo político –la democracia– y un sujeto político simbólico –el pueblo soberano– en cuyo nombre cada grupo busca legitimarse ocupando la posición dominante.

Sucesivos conflictos van desplazando los espacios de poder hasta llegar a una radicalización extrema en la que uno de los grupos identifica su discurso con el sujeto político simbólico e instala la ideología en el poder.

Se constituye entonces un poder que reúne a la vez los poderes político y simbólico. Quien detenta el poder es el emisor privilegiado de las significaciones y el depositario legítimo del poder. Todas las prácticas sociales reciben un sentido unitario y coherente por medio del magisterio de la palabra que se convierte a la vez en una ideología y en una técnica de poder que encarna el sujeto político simbólico –el poder del pueblo soberano– en un líder que lo instituye, lo controla y lo restablece y crea la ilusión en los actores sociales de participar de ese poder aun cuando éste sea ejercido por una minoría. El poder reconocido como legítimo lo es en la medida en que se lo identifica como el símbolo viviente de la verdad, de la realización de los objetivos justos y de la voluntad común, es decir, de la democracia. Se constituye así un campo político con aspiraciones totalizantes –la democracia directa– que presiona para obtener el consenso unánime de todos los actores sociales, denunciando al mismo tiempo toda conducta

opuesta a la unanimidad y a la adhesión como sospechosa y amenazadora a la que debe reprimirse con decisión. El discurso sobre el complot se manipula para situarlo en el interior del campo político como justificación de la violencia ejercida desde el poder contra los comportamientos que se desvían de las normas propuestas.

La racionalización de la ideología

La violencia conduce, finalmente, a romper la unanimidad orientando el discurso del complot contra los detentadores del poder y permite el inicio de otra etapa en la que la ideología ya no comprende el poder cuya naturaleza y ejercicio se racionalizan.

La rebelión ideológica es sustituida por la ortodoxia ideológica cuando la autoridad constituida se apropia del poder simbólico para producir y difundir un discurso pedagógico que señale las prácticas políticas y sociales y los códigos a los que la sociedad debe adaptarse.

Pero la imposición de una ideología racionalizada oculta las oposiciones, opresiones, resistencias potenciales y esperanzas insatisfechas. En definitiva más que integrar en una totalidad efectiva proporciona mediante la racionalidad del discurso una misma red de sentido y finalidad que crea la ilusión de la unanimidad.

Es en torno de esas potencialidades ocultas por la racionalización que continúa el debate ideológico. Sea que se trate de la ampliación de las prácticas políticas o de dar soluciones políticas a los problemas sociales, la discusión adquiere gran agudeza y el campo político se divide enfrentando discursos partidarios dicotómicos. El de los progresistas llama al in-conformismo, inculca la necesidad de lucha y transmite la forma de lucha. Utiliza todos los medios de difusión y convocatoria a

su alcance y trata de integrar el imaginario político con el imaginario social. Los partidarios del orden establecido eligen la crítica y la calumnia para desprestigiar al adversario y agitan el temor del peligro social.

Agulhon plantea al igual que Furet la existencia de una dinámica política en la que grupos antagónicos desarrollan una práctica discursiva cuyo objeto es legitimarse y justificarse. Ambos grupos ocupan el campo ideológico en una competencia por los bienes simbólicos para captar una audiencia y conseguir apoyos. En esa batalla ideológica los mismos conceptos son utilizados con significados antinómicos produciendo incomunicación y malentendidos.

En esta dinámica también funciona el discurso sobre el complot⁹ que es utilizado por uno de los grupos como medio de frenar el avance de la ideología contraria. El adversario es denunciado como una amenaza y su aparato simbólico como una patología social con el objeto de provocar temor y justificar la violencia de la represión.

Es una percepción maniquea de la realidad que encarna el tema del complot en el interior del discurso que busca justificar el comportamiento de la clase dirigente y su cruzada a favor del mantenimiento del *statu quo*.

Del universo de debates, de conflictos simbólicos, de cambios actitudinales provienen decisiones y prácticas concretas.

La justificación discursiva de las prácticas políticas

Agulhon señala cómo lo esencial del contenido político de la República es el sufragio universal, traducción jurídica de la aspiración difusa de dar la palabra al Pueblo para que su voz se exprese a través del voto. En este caso Pueblo no refiere al con-

9. AGHULON, Maurice, (1973), *ob. cit.*, cap. 4.

junto de la nación sino a quienes están excluidos del derecho a votar.

En esa clave el texto de Rosanvallon¹⁰ invita a reflexionar sobre las dificultades de la universalización del sufragio en un sistema republicano poniendo de relieve la distancia que media entre el principio y su concreción así como los significados de las producciones discursivas.

La sacralización del sufragio universal como principio del que derivar toda la política es en primera instancia una construcción discursiva de políticos e intelectuales que lo definen como el “arco de triunfo” y el “arca santa” de la democracia y lo proclaman principio de legitimidad inevitable en el horizonte de la república. El sufragio como principio celebra la comunión social fundada en la igualdad, expresa el fundamento filosófico de la soberanía del pueblo y legitima la elección de los actores políticos.

En el imaginario popular el sufragio universal se asocia sucesivamente a la creencia en el advenimiento de un mundo nuevo asociado a la idea de igualdad; al simple culto del poder del pueblo soberano; como alegoría de unidad y fraternidad; como procedimiento electoral y finalmente como una potencia.

El sufragio admite, entonces, varias lecturas: es a la vez un símbolo, un derecho y un procedimiento.

El problema se plantea cuando hay que traducir el principio de soberanía del pueblo en formas racionales de regulación del orden político. Si el sufragio principio celebra la comunión social fundada en la igualdad ¿ puede cualquier ciudadano aspirar a la vez a elegir y ser elegido? ¿ Puede el sufragio función identificarse racionalmente con el sufragio principio?

En esta contradicción entre el aparato simbólico y la exigencia de racionalidad en la experiencia práctica, es decir, entre el sufragio principio y el sufragio función se debate el pensamiento

10. ROSANVALLON, Pierre, *Le sacré du citoyen. Histoire du suffrage universel en France*, París, Gallimard, 1992, cap. V.

republicano cuando la idea de la soberanía popular es rechazada en la práctica por las elites dirigentes.

La producción discursiva desarrollada ahora desde el poder, tiene por objeto dar cauce a ese rechazo y justificar la teoría de la democracia limitada, fundada en la inmadurez de los sectores excluidos y en la necesidad de desarrollar la educación pública para formar hombres virtuosos capaces de adquirir nuevos usos y costumbres democráticas y a contribuir a su igualdad en razón. En definitiva se trata de crear una ciudadanía capaz de ejercer positivamente sus derechos políticos en algún momento del futuro.

Al mismo tiempo se trata también de poner de relieve la necesidad de crear por medio de la educación una jerarquía de las inteligencias capaz de producir una nueva clase dirigente cuyos integrantes se caractericen por su capacidad.

De este modo se establece una distinción cualitativa entre electores y elegidos. El sufragio universal que, simbólicamente, sigue identificándose con la soberanía popular es en la práctica un procedimiento de legitimación popular de las elites dirigentes que oponen al derecho del número el derecho de la capacidad.

Romanelli¹¹ considera que la representación “*es el esfuerzo de las sociedades de notables, no igualitarias, por traducir en mecanismos formales (...) disposiciones de tipo organicista y jerárquicas*”. En este caso también opera un discurso simbólico puesto que las leyes electorales no se proponen reflejar la realidad social sino negar la división interna de la sociedad y encarnar un modelo de relaciones sociales fundadas en los valores del individuo y de la nación que se expresan mediante el ritual del sufragio-procedimiento.

11. ROMANELLI, Raffaele, “Sistemas electorales y estructuras sociales. El siglo XIX europeo” En: Forner, S. (Coord.) *Democracia, elecciones y modernización en Europa*, Cátedra, 1997.

La práctica del sufragio está rodeada de valores simbólicos que construyen caminos culturales hacia la política. Los lugares sociales, las distancias y recorridos, la movilización colectiva de los votantes construyen una escenografía plena de significados que exceden los procedimientos establecidos por la legislación electoral y buscan sacralizar el acto electoral, amoldar las costumbres a las conquistas políticas y convertir el voto en la expresión de la conciencia y la razón como lo señala acertadamente Rosanvallon.

Sólo los socialistas permanecerán fieles a la idea revolucionaria de democracia directa y pondrán de relieve sus diferencias que para ellos residen en la participación política en sí misma.

La práctica discursiva como creadora de una cultura alternativa

Los trabajos de Roth y Lidtke nos introducen en otra función de la producción discursiva: la creación de una cultura de clase alternativa a la cultura dominante.

Roth¹² plantea el problema del rol que cumple una ideología revolucionaria en el contexto de un movimiento de clase organizado en el ámbito sindical y político.

Tanto el partido como los sindicatos contribuyen a crear una subcultura, un complejo de creencias y actividades organizadas a través de una red de asociaciones sindicales o políticas que ofrecen a sus integrantes una forma de vida diferente de la del sistema social y político dominante que afecta el trabajo, la familia, la educación, la recreación, etcétera. Es decir, que construyen un imaginario social y una sociabilidad política particulares dentro del contexto general de una sociedad.

12. ROTH, Gunther, *The social democrats in Imperial Germany. A study in working class social isolation and national integration*, New Jersey, Totowa, 1963, cap. VII.

Lidtkke por su parte va a tratar de describir e interpretar la creación de una cultura alternativa dentro de un movimiento de clase, cultura llamada a satisfacer las necesidades de compañerismo, sociabilidad, recreación, educación y satisfacción estética de sus integrantes.

En este sentido plantea algunas críticas al trabajo de Roth. En primer lugar la dificultad que ofrece con relación a los grupos que integran esa subcultura ya que a veces separa y a veces une en esa definición, tanto al partido como a los sindicatos.

Lidtkke¹³ considera, en cambio, que el movimiento sindical no puede ser legítimamente excluido de la subcultura alternativa desde el momento en que existe actuación conjunta con el partido en numerosas actividades. Esta exclusión está vinculada al énfasis que Roth pone en el rol que cumple la ideología que es propia del partido pero no siempre de los sindicatos.

Otra diferencia esencial en ambos textos es la consideración que cada autor hace del contexto dominante. Roth sitúa el tema en un contexto que constituye un universo social integrado, cohesionado y culturalmente homogéneo al cual se enfrenta la subcultura alternativa, Lidtkke lo sitúa, en cambio, en un contexto dominante determinado por la segmentación, el conflicto y la coerción aun cuando marca la existencia de una cultura dominante constituida por los grupos más cercanos al poder y a sus instituciones. Eso significa que los miembros de la subcultura alternativa pueden relacionarse positiva o negativamente con otros segmentos de la sociedad.

¿Cómo se crea esta cultura alternativa? En principio, se trata de crear un imaginario colectivo a partir de principios que rechazan las estructuras, prácticas y valores establecidos. Estos principios plantean una nueva concepción del poder, de la pro-

13. LIDTKKE, Vernon L., *The alternative culture. Socialist Labor in Imperial Germany*, New York, Oxford University Press, 1985, cap. I.

ducción, las relaciones sociales y las instituciones políticas. Ese imaginario colectivo se concreta en la creación de un contexto sociocultural que tiene sus propios rasgos, caminos y direcciones.

Las instituciones mayores –partido y sindicato– ofrecen instrumentos concretos y eficientes por medio de los cuales los integrantes pueden adquirir nuevas aptitudes y al mismo tiempo tomar conciencia de cómo utilizarlas para promover su propia causa y mejorar sus condiciones políticas y económicas. La participación en organizaciones contribuye a educar a sus integrantes en cuestiones como acudir a reuniones, votar, desempeñar cargos, etcétera. Contribuyen también a desarrollar la oratoria porque ofrecen oportunidades para desarrollar experiencias discursivas que ponen de relieve el poder de la palabra para despertar la conciencia de quienes aún no se han integrado al medio cultural alternativo.

De este modo, las instituciones se convierten en un espacio de producción de un tipo de discurso político y de difusión de ideología. Son un lugar de discurso y organizan una estructura de sentido a la vez que desarrollan las prácticas adecuadas a sus fines.

Aun asociaciones voluntarias de carácter recreativo sirven a los fines de crear sea por medio de sus actividades o de símbolos, insignias y frases, la pertenencia a la cultura alternativa y el sentido de disidencia política a la vez que ayudan a desarrollar habilidades y talentos. Cumplen así mismo la función de canales de reclutamiento de nuevos miembros y ámbito de difusión y propaganda.

Lidkte señala otra función importante. La denominación genérica que corresponde a quienes integran esa subcultura no responde a una categoría sociológica sino que funciona como un símbolo ideológico que desdibuja el significado de clase y produce unidad y armonía al interior de ella. Por el contrario, hacia el exterior esa misma denominación implica un intenso conflicto ya que dicha

subcultura se percibe como amenaza para el modo de vida y el control social del orden existente.

Ideología radical y práctica reformista

Como dijimos anteriormente, Roth va a explicar el rol que una ideología revolucionaria y centrada en la importancia de los factores económicos va a jugar en el seno de una subcultura alternativa.

En el contexto de un estado autoritario, la adopción de dicha ideología por parte de la subcultura responde por una parte a la rigidez, tanto del poder establecido como de la estructura social dominante y por otra al aislamiento en que esa subcultura se encuentra respecto del resto de la sociedad.

Una de las contradicciones que el autor plantea es la falta de correspondencia entre una ideología radical y una práctica moderada.

Esta contradicción puede explicarse en base a los componentes voluntaristas y deterministas de la ideología, componentes que sitúan la ruptura revolucionaria en un tiempo futuro determinado por las fuerzas objetivas de la historia.

La esperanza en ese mundo futuro, en el cual la subcultura alternativa llegaría al poder no es contradictoria con una práctica moderada en un contexto en el que el poder establecido combina políticas represivas y permisivas. Si la ideología radical se traduce en actividades revolucionarias provoca la represión total; si en cambio la ideología radical adopta una expresión moderada logra cierta permisividad que permite a la subcultura obtener algunos éxitos concretos.

La adopción de una determinada ideología entre varias posibles está vinculada a la capacidad represiva del sistema dominante y a la posición de la subcultura alternativa en ese sistema. Cuando la capacidad represiva del sistema dominante es eleva-

da, la ideología relega los contenidos revolucionarios al plano de lo simbólico con el objeto de crear una mentalidad que mueva a los miembros de la subcultura a defender y mejorar su posición dentro de la estructura dominante.

El discurso ideológico cumple en este contexto una función psicológica y táctica.

La contradicción entre teoría y práctica unida a la política represiva del estado puede provocar el surgimiento del conflicto al interior del partido en torno a los proyectos revolucionarios y reformistas. La modalidad del debate ideológico constituye la lucha por el poder simbólico. Este conflicto se plantea en forma discursiva entre quienes abogan por la acción revolucionaria y quienes tratan de disminuir las presiones hacia la radicalización creándose un campo imaginario no homogéneo en el que se instaura la competencia entre ambos discursos.

Aun cuando triunfen las concepciones moderadas, el discurso de la radicalización puede permanecer con el objeto de actuar como fuerza impulsora y como retórica al interior del partido en tanto que hacia el exterior se moderan las demandas y se utiliza una retórica más difusa.

En definitiva, el aislamiento de una subcultura alternativa y el poder del sistema dominante pueden reforzar las tendencias tanto moderadas como radicales de una ideología. Aun cuando prevalezcan las tendencias moderadas, el discurso radical cumple un rol importante en la construcción de un imaginario que preserve la unidad y la fidelidad de los miembros.

Conclusiones

No hay duda de que las luchas políticas son a la vez luchas de ideas que dan lugar a contiendas simbólicas. En este marco el discurso político e ideológico puede inscribirse tanto en una empresa de impugnación y oposición al orden establecido

como en una de gestión y dominación de las relaciones sociales.

El conflicto contra un poder establecido y un orden social impuesto se plantea, primeramente, a nivel discursivo con el objeto de crear un nuevo imaginario pleno de significaciones que designa la potencialidad confusa de los descontentos. La palabra se convierte, entonces, en el instrumento privilegiado para autoproducirse como clase revolucionaria, designar a sus enemigos y producir un nuevo proyecto político.

Esa movilización simbólica lleva a los hombres a la acción e inaugura una nueva etapa en la que la palabra está al servicio de la dinámica política en la que se enfrentan discursivamente las tensiones entre grupos rivales que luchan por el poder. A partir de este momento la lucha ideológica se desplaza al interior del movimiento y el discurso expresa la lucha por la conquista del poder simbólico hasta que alguien inviste realmente ese poder y se produce la institucionalización.

En este contexto el sistema simbólico se convierte en instrumento de poder y el discurso tiene por objeto legitimar las instituciones, recordar los valores, regular los comportamientos sociales, intensificar las adhesiones, justificar las prácticas políticas e integrar a gobernantes y gobernados en una misma red de sentido y finalidades.

La práctica discursiva es, por ende, una modalidad de la acción histórica que posibilita la construcción de un imaginario y una ideología que mueve a los hombres a la acción revolucionaria o reformista, contribuye a la institucionalización y racionalización de la ideología y justifica las prácticas políticas y sociales.

El historiador al interpretar y explicar acontecimientos históricos de naturaleza política debería construir marcos teórico metodológicos que incluyan el análisis de las relaciones entre las prácticas discursivas y los procesos políticos.